

LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA

por Francisco-Manuel Nácher

1.- La separación entre la religión y la ciencia empezó con el mundo griego. Fueron los primeros que estudiaron al hombre como tal, no al margen de la religión pero sí bajo otros puntos de vista.

Por eso Platón nos habla de un hombre interno y un hombre externo, de un mundo material y un mundo de las ideas; y Aristóteles escribe sobre anatomía y estudia las leyes del razonamiento y la física y trata de explicar los fenómenos naturales partiendo de los datos proporcionados por los sentidos.

La Humanidad había llegado entonces y allí a un punto de su evolución que hacía conveniente ese salto en el vacío que tenía que hacer posible, pasados más de veinte siglos, la conquista del mundo físico por el hombre. Los griegos, sin embargo, no dejaron de ser creyentes y no contrapusieron sus conocimientos científicos a las enseñanzas religiosas. Y ello porque la mayor parte de las figuras de la Grecia clásica estaban más o menos iniciados en conocimientos que no eran patrimonio de los demás, y de los que no podían hacer uso, a no ser que llegasen a ellos por el otro camino: el de la investigación, el de la observación, el del manejo y el dominio del mundo físico. Por eso fueron ellos los que iniciaron ese sendero que nos ha conducido a la ciencia actual.

El proceso de separación entre la ciencia y la religión se consolidó, de modo definitivo, con la conversión de Constantino al cristianismo mediante el Edicto de Milán que declaró a aquél como religión oficial del imperio y, sobre todo, con el Edicto de Tesalónica, pocos años después, que consideró ilegales a todas las demás religiones, incluso la cristiana esotérica.

Ello produjo una escisión grave entre los seguidores de Cristo, dado que la religión por éste proclamada, una religión de amor, de igualdad entre los hombres, de fraternidad, no podía ser la de un estado, como el romano, que avasallaba, conquistaba, esclavizaba, arrasaba,

crucificaba y sembraba el mundo de dolor. A partir de ese momento, el emperador se irrogó el derecho a designar obispos, a convocar concilios y, lo que era peor, a decidir de modo definitivo sobre cuestiones de religión. Lógicamente, al no ser ésa su especialidad, ni la de sus sucesores, lo que ocurrió es que se nombraron obispos más proclives a la política que a la vida espiritual y más pegados a los bienes terrenales que a las promesas celestiales. Y, por ese camino, se llegó a convertir al papa en un jefe de estado que podía excomulgar, y de hecho excomulgaba, a sus enemigos políticos, y hacía de sus poderes espirituales un arma arrojadiza para defender sus intereses materiales.

Ni que decir tiene que los verdaderos cristianos, los seguidores de Cristo y su doctrina, al verse perseguidos por los oficialmente cristianos, hubieron de ocultarse (de ahí el término “ocultistas”) y conservaron aquellos conocimientos en lo profundo de su corazón y los siguieron practicando en secreto, en espera del día en que pudiesen ser devueltos a la Humanidad, momento que se produjo a principios del siglo veinte. De ahí la proliferación, en la primera década del siglo que acaba, de escuelas de ocultismo, que han configurado la vida espiritual de no pocos hombres de nuestro tiempo: La Fraternidad Rosacruz, la Antroposofía, la Ciencia Cristiana, la Teosofía, la Escuela Arcana, etc.

Durante todos esos siglos, la distancia entre ciencia y religión fue agrandándose, hasta convertirse en un abismo. Hubo que pasar por momentos clave, como el “eppur si muove” (pero se mueve) de Galileo, cuando fue obligado por la Inquisición a reconocer que la Tierra era el centro del universo y permanecía fija y quieta, mientras el sol giraba en torno a ella, aunque él había demostrado y, por tanto, estaba convencido, de lo contrario. Esta frase suya resumió el terrible malestar de la ciencia, encorsetada por una religión cristalizada, llena de dogmas de fe, de verdades irrefutables y de órganos represivos, e ignorante, celosa de su poder y reacia a reconocer nada que, aunque fuera de lejos, pudiera modificar lo que consideraba ya definitivo, sin darse cuenta de que la vida es movimiento y que el hombre, como todo, ha de evolucionar porque la evolución es una ley natural.

Tuvo que aparecer Lutero y reaccionar frente algunos de aquellos errores, aunque incurriendo en otros, pues también los protestantes

tuvieron e hicieron funcionar la Inquisición (recordemos al español Miguel Servet, descubridor de la circulación menor de la sangre, quemado vivo en la Ginebra de Calvino) para liberar a la ciencia de tantas cortapisas. Por eso, desde entonces, los países protestantes, defensores del “libre examen”, es decir, de la interpretación personal de las Escrituras, frente a la interpretación única de la Iglesia preconizada por ésta, pudieron investigar, elucubrar, realizar experimentos y avanzar en la conquista del Mundo Físico, una de las metas de la Humanidad, según sabemos por nuestra Filosofía.

Siguió, en el siglo XVII, la aparición de Descartes, con su Duda Metódica (“cogito ergo sum” o pienso, luego existo), que nos sacó del cómodo refugio de la familia, de la sociedad y de la religión tradicionales y nos situó frente a nosotros mismos, como individuos, haciendo crecer el egocentrismo y exacerbando el “yo” y “lo mío”. Por su parte, Newton, con su física, con su visión puramente mecánica del universo, regido por leyes inmutables y asépticas, ajenas al hombre, nos convirtió en meros objetos de fuerzas incontrolables. Hasta él, el universo había sido algo lleno de vida, de sentido, de intención, de armonía, de amor y de Dios. Desde su enunciado de las tres leyes del movimiento, esas tres leyes todopoderosas nos dejaron desnudos de todo lo que no fuese puro determinismo cósmico.

Esa idea newtoniana es la que ha llegado a dominar nuestra ciencia y nuestra cultura, al verse reforzada por la llegada del “Siglo de las Luces”, la época de la razón (el “Dios no existe” proclamado por los constituyentes franceses), que acabó de profundizar las distancias, al atacar despiadadamente a la iglesia, totalmente cristalizada en sus dogmas y en su lectura literal de los libros santos y renuente, por tanto, a salir de su inmovilismo y a reconocer sus errores.

Vinieron luego Darwin con su ciega lucha por la supervivencia, Marx con sus leyes inmutables de la historia y Freud con las fuerzas tempestuosas de la oscura psique. Los tres han influido de modo decisivo en la visión actual del mundo por el hombre. Y luego, pensadores del nivel de Bertrand Russell dieron la puntilla al asunto escribiendo cosas como ésta:

“Ese hombre es el producto de causas que no tienen previsión del fin para el que fueron puestas en marcha. Su origen, su crecimiento, sus miedos y esperanzas, sus amores y creencias, no son otra cosa sino el

resultado de la manera accidental en que se colocan los átomos. Ni el entusiasmo, ni el heroísmo, ni la intensidad del pensamiento o de los sentimientos pueden conservar la vida individual más allá de la tumba... ¿Cómo puede una criatura tan impotente como el hombre conservar sus aspiraciones intactas?”

Las consecuencias de tal forma de pensar las estamos viviendo todos: En todos los campos - moral, espiritual y estético - nuestra cultura está llena de tensiones. Los “viejos valores”, las creencias fundamentales, han dejado de ser incuestionables y nos encontramos sin nada en que basarnos a excepción de nosotros mismos. Y surge la época del héroe existencial, desafiantemente indiferente a la muerte de Dios, hacedor de sus propios valores y guardián de su propia conciencia. Éste es el precio del Modernismo en términos de desarraigo personal y cultural. Porque, si no somos más que un peón en el juego que llevan a cabo fuerzas más fuertes que nosotros y situadas más allá de nuestro control, ¿cómo ejercer una responsabilidad significativa con nosotros mismos o con los demás? La sociología, la pedagogía, la psicología y, en general, la ciencia moderna siguieron ese tipo de pensamiento y, lógicamente, nos introdujeron en el siglo más violento de la historia, como una reacción a toda esa impotencia. Somos algo extraño en un mundo extraño, hostil y peligroso y, por tanto, la única conducta aconsejable consiste en subyugarlo para lograr nuestros propios y personales fines, sin importarnos las consecuencias de nuestra actuación sobre los demás.

Max Heindel afirmó, sin embargo que, inexorablemente, la ciencia y la religión, que hicieron posible la evolución del hombre como tal y que se separaron un día, se unirán de nuevo.

Cuando Max Heindel hacía esta afirmación, en 1.909 e, incluso hace pocos años, parecía algo muy lejano. Pero la ciencia está avanzando exponencialmente. Son muchas las especialidades científicas existentes, muchos los científicos dedicados a la investigación y a la elucubración y a la divulgación, y son inmensos los medios técnicos de que disponen todos ellos. Hace poco, los descubrimientos hechos por cualquier científico tardaban años y hasta decenios en llegar a poder de sus colegas de todo el mundo. Hoy día, por medio de Internet, cualquiera

de ellos está en contacto permanente con todos y puede extraer, cuando lo desee, de cualquier base de datos, los últimos hallazgos de los demás científicos de cualquier país. Y puede, en unos instantes, conocer toda la bibliografía existente sobre cualquier tema, por lejano, profundo o abstruso o reciente que sea. Eso es lo que hace que cada día se produzcan nuevos hallazgos que, al ser conocidos por todos los demás, les sirvan de confirmación de sus propias hipótesis o de trampolín para sus propias investigaciones.

Y hace ya tiempo que se ve venir que los científicos, nuestros científicos, el día menos pensado se van a topar, cara a cara, con Dios.

Recuerdo aún la pregunta que me formulé, hace ya más de veinte años, cuando leí por primera vez aquella afirmación de Max Heindel: ¿qué ciencia será la que primero contacte con la religión, la que llegue a unas conclusiones que coincidan con las religiosas? ¿La Antropología, la Geología, la Arqueología, la Paleografía, la Medicina, la Psicología...? He de reconocer que se me ocurrieron una serie de ciencias o de especialidades casi infinita. Pero no pensé en la que parece haber llegado más lejos... o más cerca: la Física Cuántica.

Porque, si bien es la física newtoniana la que hace que nuestros satélites crucen el espacio y lleguen a la Luna, esa física ya no atrae a los investigadores. Ni siquiera se enseña en la universidades más avanzadas. Ni los atrae la Teoría de la Relatividad, que se refiere a las altas velocidades y a las enormes distancias. Ahora se estudia y se enseña la Física Cuántica, la de las partículas, las de los átomos que componen nuestros cuerpos y cuantas cosas nos rodean. Una física, por tanto, más próxima a nosotros, más nuestra, más “aplicable”, ya que describe el funcionamiento interno de todo lo que vemos y de lo que físicamente es perceptible.

Digo esto porque hay ya investigadores en ese ramo de la ciencia que han formulado hipótesis que están a muy poca distancia de algunas de las enseñanzas de la Sabiduría Occidental.

Por ejemplo, y resumiéndolas, dicen:

a.- Que, si bien, desde que la teoría cuántica quedó completada, hace unos sesenta años, los físicos cuánticos no han pensado en ocuparse del mundo real y se han dedicado sólo a la predicción de resultados en base a sus ecuaciones, que ofrecen una fiabilidad de casi el cien por cien, actualmente se están preguntando por

qué no han de acometer ese trabajo. Y se atreven a hacerlo con sugerencias interesantísimas.

b.- Que, dado que todo en el mundo físico, incluido nuestro cuerpo, está compuesto de átomos y de sus más pequeños componentes (protones, electrones, etc.), las leyes que gobiernan esos pedacitos de realidad, querámoslo o no, al influir en ellos, **se derraman** sobre nuestra vida cotidiana. Nadie duda ya de que son los fotones o partículas de luz las que afectan a nuestro nervio óptico, ni tampoco duda de que lo afectan obedeciendo a las leyes que los rigen.

c.- Que el Principio de Incertidumbre de Heisenberg (es imposible predecir dónde estará cualquier partícula elemental en un momento dado del futuro), que rige la conducta de los electrones y que se está aplicando con éxito en sociología y psicología, desempeña un papel importante en la aparición de errores genéticos que contribuyen al envejecimiento, a los cánceres y al mismo proceso evolutivo.

d.- Que los seres humanos conscientes, somos el puente entre el mundo cotidiano y el mundo de la física cuántica.

e.- Que, por tanto, una mirada a la naturaleza y al papel desempeñado por la conciencia humana en el esquema de las cosas, conduce a una comprensión filosófica de lo cotidiano y a una exposición más completa de la física cuántica.

f.- Que los **bosones**, que son partículas de relación, constituyen los bloques fundamentales de todas las fuerzas de la naturaleza: las nucleares fuertes y débiles, las electromagnéticas y la gravitatoria. Son los antecedentes más primitivos de la conciencia, pero se encuentran también unidos al mundo material. ¡Qué cerca estamos de los éteres de nuestra filosofía como canales de las energías y la vida!

Que los **fermiones**, que son los bloques fundamentales del mundo material (los electrones y los protones), son partículas antisociales que prefieren vivir solas y aisladas. Sin los bosones, los fermiones no se unen y construyen algo. Pero, sin los fermiones, los bosones no tendrían nada que relacionar y, por tanto, no podrían ordenar y estructurar su propia coherencia más compleja.

Que la conciencia empieza allí donde se encuentran dos bosones.

Que, por tanto, desde el principio, **los fermiones, bloques constructores de la materia, y los bosones, bloques constructores de la conciencia**, se encuentran implicados necesariamente en un **diálogo mutuo creativo**. Y esa interrelación da lugar a la dinámica que produce la extensión del universo. Lo cual demuestra que, detrás de esa extensión permanente, hay una fuerza motora consistente en la evolución gradual de la conciencia.

g.- Que, hasta ahora era imposible para la ciencia responder preguntas como ¿qué es la conciencia, por qué está aquí en el mundo, y cómo puede existir algo de esa naturaleza? ¿cuál es el significado y el objeto de la vida? ¿por qué y para qué la cultura? ¿qué lugar ocupa cada individuo en un universo infinitamente mayor? Pero que, si se admite que, tanto la materia como la conciencia emergen del mundo de los acontecimientos cuánticos, infinitesimales, y que ambas, materia y conciencia, si bien diferentes entre sí, poseen una “madre común” en la realidad cuántica, se pueden explicar nuestras pautas de pensamiento, así como nuestras relaciones con nosotros mismos, con los demás y con el mundo que nos rodea, ya que siguen las mismas leyes y pautas de conducta que gobiernan el mundo de los electrones y los fotones.

h.- Que, si nuestro intelecto extrae sus leyes de la naturaleza, nuestra percepción de esas leyes debe reflejar la realidad de esa naturaleza. Por lo que, **conociéndonos a nosotros mismos**, podemos llegar a conocer la naturaleza. Con ello la ciencia ha vuelto al consejo del Templo de Delfos: “Hombre, concóctete a ti mismo y conocerás todos los misterios del universo”.

i.- Que, con la física cuántica, podemos sentar las bases de la nueva física y la nueva psicología y, mediante ambas, volver a vivir en un universo en el que, tanto cada uno de nosotros como nuestra cultura, formemos parte del esquema de las cosas.

j.- Que cada pueblo ha explicado las cosas partiendo de la ciencia que ha poseído. Y así:

1.- El mundo griego, aplicando la ciencia de su época, personificó las fuerzas naturales (el destino, el hado) convirtiéndolas en dioses a los que había que soportar o vencer. Y ahí estaba el desafío del hombre.

2.- La religión budista era una ciencia de la conciencia, de estados de conocimiento y concebía el universo como un estadio

básico de la conciencia que todo lo abarca y del cual se ha desgajado la conciencia humana. Consistiendo el desafío del hombre en regresar al estadio inicial consiguiendo la unión con él y, con ello, el nirvana.

3.- La tradición judía y la cristiana, que se basó en ella, se interesaban por la unificación social y el orden: la Ley y la unión con Cristo respectivamente. Sin embargo, la iglesia ortodoxa aceptaba la teoría egocéntrica de Ptolomeo y la afirmación de Platón (mal entendida, claro) de que hay un mundo terrenal de la materia y un mundo inmaterial del espíritu. En cuanto al mundo material, rechazaba la noción de Aristóteles de un universo preexistente y eterno (porque chocaba con el dogma de la Creación), así como su afirmación de que la materia posee un sentido de finalidad, que sigue una dirección o un plan determinado (porque chocaba con la división entre materia y espíritu). Y, en cuanto al mundo del espíritu, admitía la existencia de un Dios trascendente que actuaba a través de jerarquías de ángeles y por medio de Su Hijo. Y tanto ese Dios trascendente como su Hijo se encontraban fuera del tiempo y de la historia y no sometidos a las leyes físicas, ya que su reino no era de este mundo. De ahí la necesidad de la Concepción Inmaculada, de los milagros y de la resurrección de la carne.

k.- Todo ello nos ha llevado, tras los avances científicos, a no resultar ya ser posible creer, a la vez, en la ciencia y en la religión. Momento en que nos encontramos, con la consiguiente desorientación porque ni la religión ni la ciencia tienen respuestas para las preguntas clave.

l.- La física cuántica, unida a un modelo mecánico cuántico de la conciencia, nos ofrece la posibilidad de vernos a nosotros mismos y a nuestros objetivos como formando parte del universo, de comprender el significado de la existencia humana y de entender por qué nosotros, seres conscientes, nos encontramos en este universo material.

m.- La conciencia es, para la ciencia cuántica, un problema de física. El hecho de que podamos realizar experimentos en el laboratorio que den resultados materiales y perceptibles en una especie de diálogo creativo entre conciencia y materia, nos lleva a la conclusión de que, con nuestros actos, estamos, sin quererlo o sin pensarlo, influyendo en los procesos del mundo, es decir, de que hay una conexión inevitable o,

mejor, una colaboración permanente entre conciencia y materia. Pero, ¿hasta qué punto la realidad ha hecho nacer o crecer la conciencia y hasta qué punto la conciencia ha hecho cambiar la naturaleza?

n.- La conciencia humana se ha producido, sin duda, mediante un proceso evolutivo que partió de formas de conciencia mucho más sencillas. Por tanto, para comprender esa evolución, hemos de estudiar el diálogo que mantienen esas formas más sencillas de conciencia con la materia.

ñ.- Las bases físicas de la conciencia descansan en un holismo relacional dinámico, es decir, en un ordenamiento coherente de ciertos bosones (fotones o fotones virtuales) presente en el tejido nervioso o en las paredes celulares de cada una de las neuronas. Esa coherencia de los bosones hace posible poner en marcha algunas o la totalidad del billón de neuronas que tenemos en el cerebro, y la integración de la información, y la unidad de conciencia, y el sentido del Ego y del mundo, como si un billón de brújulas se orientasen simultáneamente hacia el norte magnético. La coherencia cuántica, pues, (el estadio básico de la conciencia) y el tejido nervioso (la materia), al relacionarse entre sí, proporcionan al cerebro su capacidad de funcionamiento consciente. Esta capacidad va unida a todas las redes nerviosas que procesan datos provenientes del medio ambiente.

o.- El diálogo creativo entre la materia y la conciencia es evidente y, además, ninguno de ellos puede funcionar sin el otro. La creatividad surge de la capacidad autoorganizativa de todos los sistemas vivos, que recogen materia inestructurada, inerte o caótica procedente del medio que les rodea y la introducen en un diálogo dinámico, mutuamente creativo, que da como resultado una estructura más compleja y una coherencia ordenada mayor. La coherencia de los sistemas vivos evoca un potencial en la materia, que no ha sido utilizado hasta ese momento, que se organiza a través de ella, y se realiza a sí mismo mucho más plenamente.

p.- La vida parece siempre crear más vida y más y mayor coherencia cuántica ordenada. Y eso es un antecedente de la intencionalidad de los sistemas conscientes como el nuestro. A través de la física cuántica podemos rastrear nuestra conciencia hacia el pasado hasta encontrar alguna cosa que, en cierto sentido, compartimos con cualquier cosa viva. En todos los niveles en los que existe esa coherencia

cuántica ordenada, existe también un diálogo creativo entre esa coherencia y la materia de su entorno.

q.- Por tanto, nosotros, seres humanos conscientes, compartimos parte de nuestra naturaleza consciente con todas las demás criaturas conscientes. A un nivel simple, compartimos la física básica de nuestra conciencia con todos los demás seres vivos.

r.- Llegados aquí cabe preguntarse. ¿el mundo vivo es sólo la consecuencia casual de procesos universales ciegos, completamente ajenos a la vida, o existe algún pasado ancestro de la física que llega a convertirse en la física de la vida? ¿Podemos rastrear hacia el pasado nuestra conciencia ancestral hasta llegar al mundo no vivo? Y resulta que sí. Porque está comprobado que, allí donde se encuentren dos o más bosones, surgidos de una fuente no coherente, experimentan una propensión irresistible a unirse, a superponerse y a compartir una identidad, es decir, que tienden a socializarse, de modo que, cuando se les detecta, ya constituyen una unidad superior y más compleja que cuando nacieron. Y eso es lo que hace posible la ordenación mucho más coherente de los sistemas cuánticos más complejos como, por ejemplo, la conciencia humana, donde millones de bosones se superponen y comparten una identidad, comportándose como un bosón más grande. Se ha observado que los bosones se unen siempre. Pero que en los sistemas vivos, lo hacen de un modo exponencial, es decir, arracimándose mucho más que en los sistemas no vivos. Pero siempre se unen, aunque les falta el sentido de dirección.

s.- Y ese sentido de dirección se lo dan los procesos que tienen lugar en la física de los “procesos abiertos autoorganizados”, en los cuales se demuestra que el orden se incrementa indefinidamente. Y, como los sistemas vivos son sistemas abiertos, es decir, asequibles por elementos ajenos, en ellos rige la ordenación creciente. La gravedad es un factor organizador básico en el universo. De modo que los bosones (gravitones) son una fuerza a gran escala que conduce al universo hacia un orden mayor.

t.- Con un incremento de la complejidad, se incrementan los ritmos evolutivos. Ello puede explicarnos por qué estamos aquí, así como dónde estamos en el esquema general de las cosas. Para ello es

preciso relacionar la física de la conciencia humana con la física del vacío cuántico. ¿Y qué es el vacío cuántico?. Pues es, no un lugar donde no sucede nada, sino una especie de “sopa en ebullición” de parejas virtuales de partículas y antipartículas, o sea, un mar de potencialidades. Porque, si bien el vacío cuántico no contiene partículas, todas ellas, en cuanto fluctuaciones de energía, proceden de él. El vacío es, pues el sustrato de todo lo que es, del mismo modo que la piel del tambor, en un mundo de sonidos, es el vacío y todos los sonidos que produce, son vibraciones de esa piel.

u.- Si estamos buscando algo que podamos concebir como la Deidad, ese vacío cuántico coherente podría ser un buen lugar para comenzar. Recordemos el caos entre Períodos y recordemos que Max Heindel resume, con relación a ellos, que el Caos es Dios.

v.- El diálogo creativo entre mente y materia constituye la base física de toda creatividad en el universo y, por tanto, de la creatividad humana. El ego cuántico no experimenta dicotomía entre lo interno y lo externo porque ambos, el mundo interior de la mente (de las ideas, de los valores, de las virtudes, de la verdad, de la belleza, etc.) y el mundo exterior de la materia (los hechos) se originan el uno al otro. Yo soy yo porque soy un modelo único de relación y no puedo separar ese yo que soy de aquellas relaciones. El ego cuántico, pues, en un intermedio entre el individualismo extremo del mundo occidental y el colectivismo extremo del marxismo o del misticismo oriental. Está la ciencia, pues, reconociendo que los vehículos se necesitan unos a otros, que se influyen, que se complementan, que se compenetran.

La física de la conciencia, que da origen al mundo de la cultura (el arte, las ideas, los valores, la moralidad, las religiones) es la misma física que nos proporciona el mundo de la naturaleza. Es una física impulsada por la necesidad de mantener e incrementar la coherencia ordenada, en respuesta al medio ambiente. Con ello están reconociendo lo que nosotros llamamos el plan divino.

No está, pues, la ciencia actual muy lejos de darle una vez más la razón a nuestro fundador.

* * *